

## SEPARATA DEL LIBRO "POLENTA" de Mauricio Belmonte Pijoán



Ernesto Valdenassi con Ada y sus hijos Rómulo y Eduardo.  
Archivo: Andrei Valdenassi, 2006.



Valdenassi con el sombrero en la mano durante una tregua en el África, mientras servía al ejército. Archivo: Andrei Valdenassi, 2006.

### ERNESTO VALDENASSI, EL HOMBRE DE CORAZÓN GRANDE

Antes de que el reloj de pared marcara con sus agujas puntudas y precisas las dos de la tarde, hora en que se daba inicio a las clases, el salón entero se hallaba sometido bajo la presión de la chacota y el desorden generalizado. Salvo cuatro o cinco personas, la mayoría se distraía con las morisquetas del más ocurrente o simplemente se hallaba abstraído con la charla atropellada de alguna muchacha enamorada, eran pocos los alumnos que aguardaban la presencia del profesor de lenguaje. Casi siempre, estos tenían preparada la lección del día y ésta no era otra que un nuevo capítulo del inagotable don Quijote. No era sino hasta que la figura alta y robusta del pedagogo ingresara al aula para que todos los cotilleos y bromas se apagaran súbitamente cediendo espacio al silencio. "De pie señores" decía la voz regulada y algo grave del maestro mientras iniciaba el saludo de rigor para después comenzar con la pesquisa diaria buscando en la lista de apellidos al ausente de turno. Una vez acabada la inspección de rutina, los libros voluminosos que ilustraban la vida y desventuras del viejo hidalgo y su gordinflón acompañante eran abiertos para dar paso al control de lectura y comprensión. Había que ver la expresión de conformidad que dibujaba aquel rostro rubicundo de rizos rubios y mirada severa cada vez que un estudiante hacía una interpretación acertada de la lectura cervantina. Complacido, el profesor terminaba la clase y el bullicio nuevamente se apoderaba del lugar. Claro, al profesor de lenguaje, Rómulo Valdenassi, también le gustaba distraerse con algunas de las muchas peculiaridades que ofrecía el salón de clases. Por ejemplo, mientras el reloj empotrado en la pared no marcara la hora anunciada para iniciar la lección, el docente se entretenía enseñando a pronunciar correctamente el apellido italiano de algunos escolares. "Paravicini se pronuncia con ch y se debe decir Paravichini y que Zaratti no olvide el sonido agudo de la zeta", y sus incursiones en la heráldica trataban de ir un poco más lejos. "Belmonte en italiano significa monte bello" solía repetir el maestro. Y fue precisamente esto lo que más tarde permitiría saber más acerca de su historia familiar, aquella que guardaba celoso en la memoria y la misma que lo acompañó hasta el último día de su vida.

Ernesto Valdenassi Martelli, piemontés y ex combatiente de la Segunda Guerra Mundial, su participación decidida en la incursión italiana por las trincheras del África Oriental fue reconocida al otorgársele una medalla conmemorativa por el entonces ministro Benito Mussolini en 1937, llegó a Bolivia para administrar el Circulo Italiano y dar respaldo a todos los compatriotas que necesitasen abrigo y comida. Su bondad traspasaba límites y no son pocos los italianos que se acuerdan de él como hombre filántropo y noble. José Fusi lo recuerda de esta manera: "Valdenassi, por ese entonces, trabajaba en la cocina del Circulo, allí extendía su mano amiga a todos los italianos que llegaban a pedir colaboración. Siempre les tenía un plato extra de comida y, si podía, les conseguía techo". Pero Ernesto no sólo administró el Circulo Italiano, también fue su fundador y junto a otros inmigrantes engrandeció el sentido de beneficencia de esta entidad. En Bolivia también conoció el amor y éste llegó con Ada Camarlinghi, hija de italianos y madre de sus dos hijos: Rómulo y

Eduardo. Dueño de una actividad febril Ernesto trabajó como embutidor de fiambres y sus productos eran comercializados en varias tiendas y almacenes de La Paz. El ejemplar padre y amigo murió en La Paz después de haber obsequiado amor y amistad.